

Liliana Bodoc

La entrevista



Lectulandia

Cuatro jóvenes que nunca se hubiesen reunido por voluntad propia deben entrevistar a una persona destacada de la comunidad. Un actor de teatro les abrirá las puertas de su casa y les hará descubrir un mundo nuevo, que Shakespeare habita e ilumina.

Todos serán interpelados en este teatro de los sentimientos: Justina y su vergüenza, Guadalupe y los mandatos familiares, Manuel con sus celos infinitos y Gregorio en su mundo de engaños. Se alza el telón, caen las máscaras y tanto los personajes como los lectores quedarán transformados para siempre.

Lectulandia

Liliana Bodoc

La entrevista

ePub r1.1

Accumbens 28.01.14

Título original: *La entrevista*
Liliana Bodoc, 2012
Diseño: Mike McDonald. Fotolia.com
Retoque: Accumbens

Editor digital: Accumbens
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com



Cualquier conversación acerca de la profesora Inés Mavers terminaba del mismo modo: pero sabe mucho.

¿Vieron cómo camina?
¿Y los pañuelitos descartables?
No falta ni muerta.
Pero sabe mucho.
¿Quién se murió?
Nadie.
Pero sabe mucho.

Tal vez alguien objetaría que se trataba de un conocimiento enciclopédico: datos con datos con datos, guiso de datos, un armario lleno, una vida entera dedicada a las fechas, los nombres, las categorías y los tipos de discursos.

Como fuera, Inés Mavers, profesora de Lengua y Literatura, lograba impresionar a sus jóvenes oyentes.

Ese martes de inicios de noviembre, turno mañana, giró hacia el pizarrón, y en el sitio didácticamente correcto escribió con caligrafía capaz de sobreponerse al trazo rústico de la tiza:

ENTREVISTAMOS A UNA PERSONA DESTACADA DE LA COMUNIDAD.

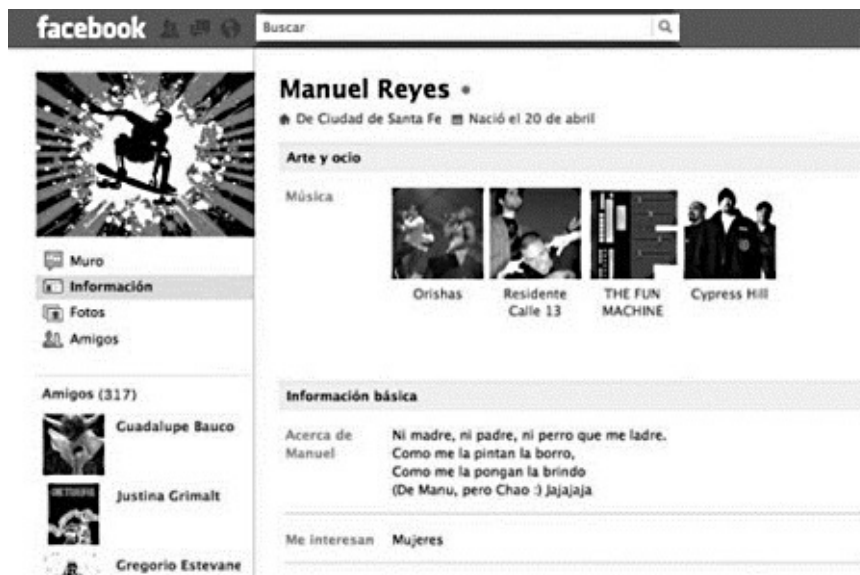
A Inés Mavers le encantaba el plural: resumimos, estudiamos, leemos, sacamos conclusiones. O de lo contrario, ¡señores!, desaprobamos la materia.

A Inés Mavers le encantaba el plural:

ENTREVISTAMOS A UNA PERSONA DESTACADA DE LA COMUNIDAD.

Antes de formar los grupos, la profesora aclaró que los alumnos debían solicitarle al entrevistado una breve presentación, o bien hacerla ellos mismos.

A Manuel Reyes se le cayó la gorra que hacía girar sobre su dedo índice. La mirada impaciente de la profesora no logró inmutar al alumno, que continuó indolente, echado sobre el respaldo.



La profesora explicó que cada entrevista debía constar de siete preguntas pertinentes, referidas a la actividad o profesión del informante, ¡sin entrometerse en asuntos privados! ¿Lo tenemos claro, señores?

—Una pregunta, profesora —dijo Guadalupe Bauco.



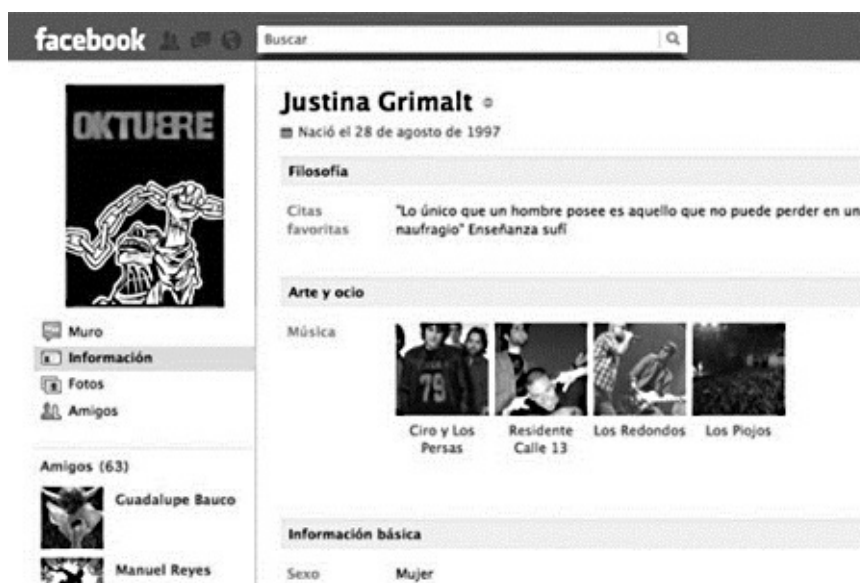
El siguiente paso consistía en hacer una desgrabación limpia de toda marca de oralidad. Cuando la profesora Inés Mavers se aprestaba a aclarar el concepto, se le adelantó Gregorio Estevanez con una catarata de ejemplos que a él solo le parecieron graciosos: ehh, como decía, ehh vamo por parte, como decía, ehh, ¿me repetís la pregunta?, bue, no sé...

—Exactamente eso, Estevanez —lo interrumpió la profesora.



—Por último, señores, vamos a adjuntar una reflexión, un ensayo evaluativo sobre la experiencia, teniendo en cuenta lo que aprendimos, los roles grupales, las diferencias de registro con el entrevistado. ¿Cómo lo hacemos? Enumeramos palabras y conceptos no comprendidos, buscamos el significado y lo entregamos por escrito.

Justina Grimalt, delgada y de ojos tristes, se tocó cinco veces la punta de la nariz.



Inés Mavers pidió recordar que tenían que trabajar todos, y no echar la carga sobre los hombros de un solo alumno porque, en el momento de la evaluación, cada integrante del grupo debería exponer en forma oral.

De inmediato, Mavers se abocó a la tarea de reunir azarosamente a los alumnos, así se evitarían trampas y triquiñuelas.

Ella era capaz de decir «triquiñuelas».

Por lo demás, el azar les serviría para establecer nuevas relaciones, porque en la vida no siempre van a tener la suerte de trabajar con gente de su agrado. Lo mejor es

que se acostumbren a convivir con aquellos que les caen mal.

Como resultado de esa firme y filantrópica creencia, surgió un grupo ciertamente complicado:

—Bauco, Estevanez, Grimalt y Reyes.

El curso entero se quedó mudo: ¿Bauco, Estevanez, Grimalt y Reyes?

¿Guada iba a trabajar con Manu y con Grimalt?

¿Grimalt iba a hacer una entrevista con Gregorio y con Guada?

¿Manu iba a hacer algo con alguien alguna vez en su vida?

Pero estaba dicho. Y, si algún alumno pensó en quejarse por la índole caprichosa de aquella elección, notó muy rápido que había causas peores para atormentarse.

—Plazo de la primera entrega, martes próximo —dijo Inés Mavers, anotando en su planilla, y todos sabían que esas marcas eran tan rotundas como un sello de sangre.

La profesora Mavers venía de una licencia de dos meses «por estrictas razones de salud».

—Y no tengo la culpa de que su pésimo comportamiento haya amedrentado a esa pobre chica que vino a reemplazarme. Pero ahora volví.

La profesora hizo la lista: miércoles, jueves, viernes, sábado, domingo, lunes y martes. Completó los siete dedos y los movió delante del curso por si quedaba alguna duda.

Frente a ella, vio componerse un monstruo colectivo, resultado de los gestos sumados de veintiocho alumnos, día de asistencia perfecta, que no podían creer lo que escuchaban. Veintiocho muecas para un solo y enorme fastidio: boca entreabierta, mentón oscilante, risa histérica, aletas de la nariz más abiertas de lo normal, movimiento involuntario de las comisuras, cuello como signo de pregunta, aire general de abatimiento, respiración entrecortada, maxilar caído.

¿Veintiocho muecas?

En verdad fueron veintisiete, porque Manuel Reyes no gastaba más energía la imprescindible excepto para componer hip hop.

El valiente que se atrevió con un «Pero profesora...» tuvo su respuesta:

—El año escolar se acaba, el programa manda. Y una semana es tiempo suficiente, señor.

Timbre.

El grupo más conflictivo se reunió en el recreo para intentar un acuerdo inicial.

—Esto es un asco —arrancó Guadalupe Bauco—: ¿Por qué no nos deja elegir a nosotros?

Por causas que nadie más que él conocía, Gregorio Estevanez no solo le dio la razón sino que explicitó el origen del extraño carácter de la profesora de Lengua.

—Sufrió mucho... Por amor. Estaba por casarse con un escritor famoso, y ese mismo día el tipo tuvo un accidente, perdió la memoria ¡y la olvidó para siempre!

Se hizo silencio.

Justina Grimalt volvió al asunto que, por excepción, los reunía junto al cantero central del patio. Dijo que tenía una idea, en realidad no sabía si iba a parecerles bien, por ahí era una estupidez, pero había pensado que a lo mejor, si estaban de acuerdo...

—Ay, Grimalt, ¿vas a seguir dando vueltas? —interrumpió Bauco, que no creía en la inocencia de Justina.

—No, yo lo decía porque tengo un tío que es diputado...

—Sí, ya lo sabemos. Pero no me parece meterse con políticos; son todos una porquería.

—Es verdad, política no —repitió Justina Grimalt, sin manifestar ninguna clase de molestia por el comentario de Bauco que, a ojos vistas, incluía a su tío, el diputado.

Mientras tanto, Manuel Reyes observaba desde una especie de Polo Norte, tan fría y lejana era su presencia.

Guadalupe Bauco volvió a hablar:

—Lo que yo puedo ofrecer es que entrevistemos a un amigo de mi papá, uno de los mejores neurólogos de Sudamérica.

Guadalupe Bauco ya era una amazona montada a lomos de la situación.

—Eso sí, pensemos bien las preguntas para no hacer un papelón —indicó.

Justina se tocó la punta de la nariz:

—Si les parece, no sé, podemos juntarnos mañana en mi casa.

—Mañana no puedo, tengo clases de danza. Mejor el jueves —decidió Guadalupe.

Para Justina Grimalt el jueves se complicaba. Se había comprometido a cuidar a su sobrino toda la tarde. ¡Pero tantas veces ella se metía en problemas con tal de decir que sí!

—Sí. —Y todavía lo repitió—: Sí, sí... Por mí está bien.

El jueves en la casa de Justina Grimalt fue un ítem aprobado. Mientras tanto, Guadalupe se encargaría de hablar con el amigo de su padre para pedirle que los recibiera el viernes.

—¿Estás de acuerdo, Manuel?

Desde el fondo de una caverna gélida, desde la garganta reseca de un ermitaño urbano, llegó la respuesta:

—Ahá.

Se pasaron los celulares.

Un rato después, en franca contradicción con el trato distante que habitualmente le dispensaba a Estevanez, Guadalupe le pidió encontrarse el jueves para ir juntos a la casa de Justina Grimalt. No quería llegar sola, eso fue lo que dijo.

El jueves, Gregorio apareció en la esquina acordada un poco agitado y ansioso

por contar que, en el camino, había visto una persecución.

—Dos tipos corrían a otro, con armas en la mano, y yo tuve que esquivarlos porque se me venían encima...

—¿Dónde fue? —preguntó Guadalupe.

—Acá cerca, a cuatro o cinco cuadras.

—Pero la semana pasada ya habías visto otra cosa... ¿qué era?

La casa blanca y antigua en donde Justina Grimalt vivía con su madre ofrecía, por dentro, un aspecto de feria: libros, plantas, pañuelos coloridos sobre las lámparas, máscaras en las paredes, artesanías buenas y malas, además de tres gatos bautizados con nombres poco comunes: Lao, Niebla y Pacha. Había que admitir que todo lucía limpio, y que la casa olía bien, un poco a café, un poco a sahumero, un poco a muñecas de trapo.

El grupo de trabajo, con excepción de Manuel Reyes que aún no había llegado, se sentó en la sala, alrededor de una mesa de madera oscura que debía tener muchos años, casi como la madre de Justina que, aunque usaba una trenza muy larga y ropa de lienzo, tendría por lo menos cuarenta y cinco.

«Hippie», definió Guadalupe para sus adentros.

La mujer tenía que salir. Antes de hacerlo le recordó a Justina que se había comprometido con su hermana. Les pidió a los chicos que se sintieran como en su casa, saludó con la mano cargada de anillos y salió.

Guadalupe no demoró en preguntarle a Justina para qué los había hecho ir si tenía un compromiso.

—No. —Justina empezaba a enredarse—: ya arreglé con mi hermana para ir más tarde. Mi mamá no sabía.

Esperaron media hora a Manuel Reyes; como no llegaba, decidieron empezar con las preguntas.

—Podríamos preguntarle si siempre quiso ser médico —propuso la dueña de casa, que quería terminar rápido.

—¿Esa no es una cuestión privada? —Guadalupe iba a contradecir todas las sugerencias de Justina.

—Podríamos preguntarle si nunca lo impresionó la sangre —dijo Gregorio.

—Esa me gusta.

—¿Cuál fue la operación más difícil que tuvo que hacer? —volvió a proponer Justina.

—No termina de convencerme. Mejor si le preguntamos por las dificultades de la donación de órganos —sugirió Guadalupe.

Gregorio acordó con eso y lo indicó alzando el pulgar. Justina recordó las obligaciones de una anfitriona.

—¿Traigo gaseosa?

—Dale.

Gregorio y Guadalupe se quedaron solos.

—Una vez me salió muchísima sangre de la nariz —empezó a contar Gregorio, a tono con la temática del trabajo escolar—. No paraba nunca. Me llevaron al hospital y me hicieron una transfusión.

—¿Una transfusión por esa estupidez?

En la cocina, Justina Grimalt se tocó la punta de la nariz y contó hasta cinco. Así logró tranquilizarse y dejar para después el asunto de su hermana.

Puso los vasos y la botella en una bandeja de madera patinada y volvió con sus compañeros.

Los tres alumnos de la profesora Mavers decidían la quinta pregunta, cuando apareció Manuel Reyes

que venía de otro barrio,
sin prisa y sin horario,
soy hip hop, no me callo,
yo no marco tarjeta de operario.
Ahá..., yo no robo los salarios
ahá..., yo no soy un comisario.
Zapallo, bagallo, no callo,
¡estallo!

Su llegada generó una distracción interminable para Justina Grimalt que, de tanto en tanto, miraba el reloj de pared.

Sin duda su hermana estaría esperando que llegara para hacerse cargo del nene. Por eso Justina apagó el celular.

Un rato después sonó el fijo. Justina supo quién era y demoró en levantarse para atender. Guadalupe, Manuel, Gregorio, Lao, Niebla y Pacha la miraban con atención.

Justina caminó hacia la mesita baja donde estaba el teléfono y dijo «Hola» con miedo a escuchar lo que escuchó.

—¿Todavía estás ahí? —preguntó su hermana.

—Sí, hola.

—¿Hola? ¿Eso es lo único que se te ocurre decirme, tarada? ¡Hace media hora que te espero!

Justina tenía que hablar sin que sus compañeros notaran el problema:

—Sí, sí, es que tuve que resolver unas cuestiones...

—¿No pudiste llamarme, Justina? ¿No fuiste capaz de avisarme?

—Iba a llamarte enseguida.

—¡Mierda!

Su hermana le cortó con un golpe seco, y Justina siguió hablando sola, aparentando una conversación amigable.

—Listo, quedamos así. Un beso. Chau, chau...

Después volvió a su sitio con una sonrisa triste.

Iba a tocarse la nariz pero notó que Guadalupe la miraba. Entonces se contuvo. Eso debió hacerle mal porque sintió náuseas, y las manos y los pies se le mojaron de sudor frío.


Sexta pregunta, séptima, octava, por fin...

Guadalupe Bauco avisó que el neurólogo amigo de su padre podía recibirlos al día siguiente, viernes a las siete de la tarde.

—Seamos puntuales —dijo mirando a Manuel Reyes, que no se hizo cargo del comentario.

Era evidente que ninguno tenía ganas de quedarse. Los saludos fueron breves. Y hasta mañana.

Apenas se quedó sola, Justina se tocó la nariz, una, dos, tres, cuatro, cinco veces para ordenar su conciencia y su respiración.



Parte II
El peor elenco



Desde hacía más de un mes, el sonido del portero eléctrico era motivo de sobresalto.

—¿Quién será? —dijo la mujer que pocas semanas antes hubiera festejado recibir a sus amistades.

—Atiendo yo, son mis compañeros —dijo Guadalupe.

Desde la mesa donde armaba rompecabezas de alta dificultad, la miró su madre.

—Por favor, Guada, que no entre nadie.

Que no entre nadie, que no llame nadie, que no nos mire ni nos juzgue ni nos acuse nadie.

—Está bien, mamá. Yo bajo.

Su madre ya no era aquella mujer espléndida, siempre a tono desde los zapatos hasta el cabello. Ni su padre era el mismo Alcides Bauco, un hombre que sabía tratar por igual con cadetes y con reyes.

Nada era lo mismo. Ni el sabor de la comida. Ni la luz que entraba por los ventanales que daban al parque. Pero su madre, sin lugar a dudas, sufría más que nadie aquella situación. Casi no salía a la calle, y pasaba los días armando rompecabezas de cinco mil piezas que compraba por internet. A veces Guadalupe escuchaba voces contenidas en el dormitorio de sus padres, y entonces se ponía los auriculares.

Guadalupe avisó que bajaba. Miró a su madre. La apenaba dejarla sola y asustada por cualquier sonido. Pensó en darle un abrazo, pero no se atrevió.

Cinco pisos más abajo, cuando se encontró con sus compañeros, nada hacía sospechar la tristeza de la que venía. Así le habían enseñado: todo adentro y nada afuera, como te ven te tratan.

—Hola —dijo, y enseguida agregó—: Es cerca, vamos caminando.

Unos pocos pasos, y el grupo ya se había separado. Gregorio Estevanez y Guadalupe Bauco tomaron la delantera.

Detrás y en silencio, iban Manuel Reyes y Justina Grimalt, que intentaba una frase forzada que él dejaba caer hasta que un comentario de ella lo despertó.

—¡Mirá qué buen grafiti!

Por ahí, la piba tenía cabeza.

Manuel era delgado, un metro setenta y dos, cabello y piel de un oscuro criollo; nada que lo diferenciara de la multitud, a excepción de sus ojos.

Ojos en forma de almendra... Grandes, aunque no enormes. Verdes, sin lugar a dudas, y trazados con una línea espesa. Ojos de un verde contundente, ojos azules.

Eran las siete en punto de la tarde cuando llegaron a la entrada de un edificio importante. Antes de llamar, Guadalupe se soltó el cabello para atarlo con más firmeza.

—Van a ver —prometió sosteniendo con los dientes la hebilla—: Es un genio.

La voz de la secretaria se escuchó por el intercomunicador.

—¿Quién es?

—Por favor, avísele al doctor que está Guadalupe Bauco.

Los cuatro se miraron en los grandes vidrios oscuros esperando que les abrieran la puerta. Pero eso no ocurrió.

—Señorita, dejó dicho el doctor que le deje las preguntas en la portería porque tuvo una urgencia.

—¿No sabe si volverá pronto? Porque necesitamos entregar el trabajo.

—No sé. El doctor me dijo que después la llama. Hasta luego.

La que bajó los escalones no era la misma Guadalupe que los había subido. De pronto había perdido el brillo, los escudos familiares, los dones de su estirpe. No creía en esa excusa, seguro que se había hecho negar, ni siquiera dio la cara.

Ridícula, indefensa, como si hubieran dado las doce en el centro de un salón espejado que multiplicaba por mil su vergüenza.

Fue entonces cuando Justina Grimalt tuvo la peor idea: apiadarse.

—No te hagas problema. Buscamos otra persona para entrevistar, y listo.

—¿Quién...? ¿Tu tío diputado?

La rabia fue tan estridente que hasta Manuel Reyes pudo percibirla. Entenderla, no. Bueno, en verdad, nadie pudo entenderla.

¿Nadie?

¿Era posible que Justina no supiera lo que ocurría en casa de Guadalupe? ¿No lo sabía el mundo entero? ¿No era el comentario en todos los hogares, las oficinas, los bares, las salas de espera, los aeropuertos...?

¿Justina Grimalt no sabía que su vida se había desarmado de un día para otro? Ahora la miraban en la calle, ahí va la hija de Alcides Bauco. Y no eran ideas de ella, como le decían sus tías para tranquilizarla, claro que la miraban y cuchicheaban a sus espaldas. Cómo Grimalt (¡nada menos que Justina Grimalt!) iba a ignorar el horrible asunto en el que se había involucrado a su padre. ¡Injustamente, Justina!, que de justa tenés solo el nombre, injustamente, porque mi papá está seguro de que es inocente. Yo no diría lo mismo de tu tío, que usa los derechos humanos para hacer carrera.

—¡Eh, colgada! —Gregorio tocó el brazo de su compañera de curso para traerla de regreso.

Sin que nadie pudiera adivinar las profundas y oscuras razones que tuvo para hacerlo, Manuel Reyes pronunció seis palabras seguidas:

—Conozco a alguien que podría servir.

Stop.

A partir de ahí, hubo que sacarle a tirones cada uno de los datos necesarios.

—¿Quién es?

—Un actor.

—¿Cómo se llama?

—¿Es famoso?

—Pedro Montiel.

Famoso no era.

—¿Es pariente tuyo?

—Vecino.

—Pero, ¿trabaja en la tele?

—No.

—¿En cine?

—No.

—¿Entonces?

—Teatro.

Entre nada y eso, el actor de teatro fue aceptado. Era viernes, no había tiempo para dar más vueltas.

Manuel Reyes dijo que hablaría con... ¿cómo dijiste que se llama? Pedro Montiel.

Después de la dura reacción de Guadalupe, Justina quedó imposibilitada para opinar y, en cambio, decidió aceptar cualquier cosa que el grupo propusiera. Mejor dicho, cualquier cosa que Guadalupe Bauco propusiera.

Sin embargo, el que propuso fue Gregorio.

—Tendría que ser mañana, porque después hay que desgrabar.

Guadalupe lo miró extrañada.

—¿No dijiste que mañana tenés una competición de salto?

Si acaso Gregorio enrojeció, nadie pareció notarlo.

—Ah, sí. Pero es temprano.

—¿A qué hora?

Gregorio Estevanez enrojeció un poco más. La causa pudo ser que estaba parado al sol.

—A las dos.

—Si te parece, te vamos a ver y después hacemos la entrevista —propuso Guadalupe, buscando ponerlo entre la espada y la pared.

Sin embargo Gregorio era experto en cinturear, y de inmediato contestó que sabía llegar al club donde tenían la competencia pero que no recordaba la dirección exacta.

Acordaron mensajearse.

Ahí nos vemos.

El camino de regreso no fue bueno para Gregorio. Estaba en un lío. Y se había metido solo, sin necesidad, sin querer, casi sin darse cuenta.

Llegó a su casa, saludó apenas y pasó directamente a su dormitorio. Allí lo esperaba el espejo frente al cual, y por razones que no entendía, se animaba a hablar sobre el asunto.

Hablar y prometerse que no lo haría otra vez. Nunca más... Que desde mañana:

- Empiezo salto de verdad.
- Me pongo las pilas en matemática.
- No le abro la cartera a mi mamá.
- Y no hago más eso que hago.

Aunque por el momento lo más importante era salir del problema. Pensar, pensar bien, ¡y ojo con Guadalupe, porque es la más viva de todos!

Algunas horas después, un mensaje lo sobresaltó. Felizmente era Manuel, avisando que tenía armada la entrevista con el actor.

Cuando ya se sentía a salvo, y la televisión había logrado entretenerlo, sucedió lo inevitable: otro mensaje.

Esta vez sí era Guadalupe queriendo saber la dirección del club.

«Se suspendió», fue la respuesta de Gregorio.

«¿x q?».

Gregorio ya tenía la coartada.

«Se murio la madre d uno ke kompite».

«¡Q´ raro!» , fue el filoso e inmediato mensaje.

Por suerte había un asunto perfecto para cambiar de tema: la entrevista.

«manU DIZ k mañana entrev actor», escribió Gregorio.

El resto lo dedicaron a acordar hora y esquina para el encuentro.

«OK :)».

A diferencia de Gregorio Estevanez, Manuel Reyes no regresó a su casa directamente.

Había decidido saldar un asunto de orgullo, y no se iba a echar atrás.

Para empezar se impulsó con un pie contra una pared recién pintada y, con el económico sentido común de un héroe urbano, saltó canteros y bocas de tormenta, trepó monumentos, inventó diagonales. Así, Manuel Reyes encontró el único modo de recorrer un camino doloroso.

El chico pasó varias veces frente a la casa del actor sin atreverse a llamar. Se compró algunas golosinas, demasiado infantiles para su edad, y se sentó a comerlas en un banco de la plaza, sin piedad por su dentadura.

Bueno, había que ir de una vez por todas, si al final era un vecino y a veces habían conversado un poco, si a Manuel le caía bien hasta que supo..., hasta que se metió en su vida, con su vieja. Seguro no estaba pero, ¿lo que vio?

Desde ese día tenía el corazón opacado y rabia y un mal presentimiento.

A las lechuzas del barrio siempre se les notó que hablaban mal de ella por pura envidia, roña, porque su madre era linda, sabía bailar y salía a hacer las compras con plataformas. ¿Por qué esta vez les había dado un verdadero motivo?

Con este pensamiento tomó coraje y caminó hasta la casa de Pedro Montiel.

Tocó el timbre. ¡Ring...! De combate.

El tipo apareció enseguida, sin dar tiempo para que Manuel se preparara.

—¿Qué hacés por acá? —fue el saludo del actor.

El hombre era muy alto, mucho más que Manuel Reyes, y casi tan delgado. Tenía la cabeza rapada y una barba incipiente que hacían difícil calcularle los años. Estaba vestido con ropa amplia y clara, como se lo veía siempre que caminaba por el barrio.

—Venía porque tengo que hacer una entrevista para el cole.

—¿Venías o viniste? —preguntó con aparente seriedad Pedro Montiel.

—Vine —respondió Manuel sin una sonrisa.

La carcajada atronó, espantó a las palomas urbanas, pasó sobre Manuel Reyes como un tsunami. Y, tal como había comenzado, terminó.

—¿A mí? ¿La profesora dijo que debía tratarse de un actor olvidado por el mundo?

—No, señor. Tenemos que entrevistar a una persona destacada.

—Mirá vos. Veo que voy a tener que recibir a más de uno.

—Somos cuatro.

En pocas palabras más acordaron la cita para el día siguiente. Manuel mensajeó a Gregorio, y le pidió que les avisara a las chicas.

Para Manuel, su mamá se parecía a Gilda, con diez años más. Eso, a excepción de los ojos.

La madre de Manuel Reyes tenía ojos en forma de almendra... Grandes, aunque no enormes. Verdes, sin lugar a dudas, y trazados con una línea espesa. Ojos de un verde contundente, ojos azules.

Para el barrio, la madre de Manuel y esposa de Jorge Reyes, camionero, parecía un poco pizpereta, mucho escote para ir a la verdulería, ¡y demasiado linda para pasar tantas noches con su marido lejos! Pobre hombre.

Fue esa mujer la que lo recibió con un abrazo exagerado, del que Manuel se deshizo con evidente malestar.

—Cuando eras chiquito no te molestaba.

Siempre la misma historia.

—Tu papá está llegando. Lo esperamos a cenar.

—¿Y con eso...?

—Podrías darte un baño —sugirió su madre.

—No sé.

Su madre le había pedido que se diera un baño. Su confusión también.

Manuel Reyes se desnudó, se paró bajo la ducha y abrió el agua fría. Alzó la cara así la lluvia le lavaba los ojos: que su padre no viera ni una pizca de sospecha en su mirada, ni una pizca de roña.

Parte III
Las Máscaras



I

MÁSCARA DE COMEDIA

Pedro Montiel tenía diecinueve años cuando acompañó a su padre, electricista de barrio, hincha de Racing, a realizar un trabajo de urgencia. Lo habían llamado de una sala de teatro que funcionaba a un par de cuadras de su casa: un cortocircuito el día sábado, con función a la noche.

Pedro había pasado cientos de veces frente a esa casa antigua, de ida y vuelta sin que le importara en absoluto lo que decía la cartelera, el horario de las funciones ni el precio especial para estudiantes y jubilados. Por eso aquella tarde de sábado entró con indiferencia, como si fuera un trabajo más.

El recibimiento no tuvo nada que ver con los habituales y quejosos «Por fin llegaron», «ya creíamos que nos falluteaban», «hace dos horas que no tenemos luz», «¿cuánto me va a costar el arreglo?».

Al revés, el teatro los recibió con exclamaciones de alegría. Para aquellas personas fue como si llegase Papá Noel montado en las espaldas de Superman. Enseguida les ofrecieron mate y galletitas, enseguida les sonrieron y les preguntaron los nombres.

—Antonio Montiel —dijo el hombre.

—Pedro —dijo el pibe, que de inmediato pasó a ser Pedrito, como si lo conocieran de toda la vida.

Un rato después el que parecía mandar a los otros, un tipo casi más flaco que anteojudo, avisó con tono imperativo:

—Va pasada de letra.

Dos actores y dos actrices treparon al escenario.

Una de las chicas dijo que los pantalones que tenía puestos eran ajustados y ahí, frente a todos, se los sacó y se puso otros, blancos y enormes.

¿Y eso?

Nadie pareció asombrarse; como si la piba fuera un muchacho o una mosca. Ninguno la miró y Pedro Montiel supo que estaba en un lugar distinto a los que conocía.

El director golpeó las palmas.

—¡Nos concentramos, por favor!

Los cuatro actores empezaron a moverse, elongaron, eso Pedro lo conocía por el fútbol, algunos saltaron, otros sacudieron las manos, y todos hicieron sonidos extraños con la garganta.

Entonces ocurrió que esas cuatro personas, comunes y corrientes fuera del escenario, ni lindos ni feos, ni altos ni bajos, se transformaron ante los ojos de Pedro,

escasamente proclives a ver milagros: se hicieron bellos como estatuas de mármol, sus cuerpos se incorporaron al aire y sus miradas ocuparon los espacios vacíos.

Y la más bella era Nora; la otra, la que no se había sacado los pantalones.

El director se sentó con unos papeles en la mano.

—Pasamos los monólogos. Nora, vos arrancá. Los demás vayan a memorizar lo suyo.

Inesperadamente, el director se volvió hacia Pedro.

—¿Te animás a pasar letra? —sin esperar respuesta le pasó los papeles que tenía en la mano. El chico no entendió lo que le estaban pidiendo. Se puso violentamente colorado.

—Es fácil, si ves que Nora se olvida de la letra, le tirás lo que sigue. Pero, ojo, no te apures...

En ese momento, el electricista se asomó para reclamar la ayuda de su hijo; pero, como si presintiera el futuro, prefirió no interrumpirlo.

Años después, Pedro aprendió la importancia de ser un buen pasador de letra. Estás ahí, siguiendo el texto con los ojos pero prestando atención al actor, a la actriz, a Nora. Si te demorás en pasar letra cuando él, ella, Nora se olvida, es muy posible que el clima creativo acabe hecho añicos. En cambio, si te apuras y cortás la pausa que el actor, la actriz, Nora ha elegido hacer, es como si derrumbaras un castillo de naipes.

Pero Nora y Pedro lograron entenderse desde la primera línea del parlamento. Ella hacía silencio y él entendía si se trataba de un vacío en su memoria o de la pausa elegida por una artista para ponerle sentimiento a su actuación.

—Bien, bien los dos —dijo el director cuando terminaron.

Pedro Montiel se fue de la sala con el olor de las tablas en la nariz.

—Parece que te gustó el teatro —comentó su padre—. ¡No me digas que querés ser famoso!

No, no quería ser famoso, ninguna de las personas que acababa de conocer lo era. Él quería que su mirada ocupara los espacios vacíos, y que su cuerpo se incorporara al aire.

—Vení un día, y preguntales si te pueden enseñar —volvió a decir el electricista de barrio, hinchado de Racing.

—Ni loco, me da vergüenza —contestó su hijo.

—Ahí arrancamos mal —y le acarició la cabeza como queriendo decirle que no se podía aprender nada sin pasar, siquiera, un poco de vergüenza.

Una semana después, Pedro Montiel volvió a la sala. Entró despacio, el grupo ensayaba. Nora lo vio desde el escenario y le sonrió.

—Pedrito, ¿qué hacés por acá? —le dijo el director.

A veces la vergüenza nos hace precisos, porque el aire es poco y hay que decir lo

importante.

—Quiero ser actor.

—Pero antes vas a tener que barrer el escenario, atender la boletería y, por supuesto, arreglar los problemas eléctricos.

Pedro Montiel se quedó ahí.

Y pasaron diez años luminosos.

II

MÁSCARA DE TRAGEDIA

Pedro Montiel tenía cuarenta y nueve años.

Ese atardecer de verano iba a la verdulería a hacer sus compras. La víspera navideña acumulaba gente en torno a los duraznos, ananás y cerezas. Nada grave para Pedro Montiel, que se atendía solo y comía desfachatadamente cerezas, haciendo gala de su amistad con el verdulero; era tanta su naturalidad que a nadie se le ocurría protestar o imitarlo.

La llegada de Paloma, montada en plataformas, caminando como si bailara, le quitó protagonismo. Todos miraron a la mujer que se parecía a Gilda. Él también.

El verdulero y el actor cruzaron una mirada cómplice.

—Buenas tardes —saludó Paloma a toda la verdulería, que le respondió de distintas maneras.

Mientras atendía, el verdulero conversaba con su amigo, el actor.

—¿Con quién vas a pasar la Nochebuena?

—Con Julieta... A Romeo lo encerré en el ropero.

Los dos hombres se rieron con familiaridad. Paloma, siempre atenta a lo que la rodeaba, se rio también.

Llegó su turno.

—¿Qué va a llevar, Paloma?

—Papas, 2 kg.

Cebolla, 1 kg.

Tomates lindos para rellenar.

Un ananá bien maduro.

¿Cómo están las paltas?

Y un kilo de cerezas.

Pedro Montiel aprovechó el pie para tararear bajito una vieja canción española.

—En las ramas de un cerezo

vi dos palomas oscuras.

La una era la otra

Y las dos eran ninguna.

La mujer se conmovió.

—Cuánto hace que no escuchaba esa canción. Me la cantaba mi abuela.

—Epa, que no es tan viejo —se entrometió el verdulero.

De pronto fueron un trío en la verdulería, y como olvidados del apuro conversaron de aquí y de allá, del precio de la fruta, de España, de la época festiva y

de la soledad.

Un rato después caminaban juntos, iban para el mismo lado.

—De paso te ayudo con las bolsas.

Paloma aceptó sin reparar en que eso daría motivo a las lenguas del barrio.

—Así que usted va a pasar solo las fiestas.

—Solo, sí... Pero si usted me dice usted, además de solo voy a estar amargado — Pedro Montiel coronó el comentario sacando cerezas de la bolsa de su vecina y a propósito agregó—: A juzgar por la cantidad de fruta, vos vas a estar acompañada.

—Mi hijo y mi marido, que está volviendo de Brasil.

—¿Brasilero?

—No, camionero.

Veinticinco de diciembre.

La ciudad dormía sus excesos. Los pájaros no.

Paloma tampoco.

Su esposo no había llegado la noche anterior, y quizás ya no valiera la pena regresar ese domingo, porque el martes tendría que salir de nuevo.

Nena, te prometo que en Año Nuevo brindamos.

No era la primera vez. Cenó con su hijo, lo abrazó fuerte a las doce en punto, y le dio permiso para salir. Las diez de la mañana la encontraron tomando mate en la plaza, bajo la sombra de un paraíso.

Paloma no estaba apurada. Manuel había llegado con el sol alto, ¡suerte que ya está en casa!, y dormiría varias horas más.

Por la plaza pasó una abuela que, según le explicó, iba a la casa de su hija con lo que había quedado de la noche anterior.

Pasó un deportista.

Pasó el tiempo.

—¡Buena Navidad, Paloma! —Pedro Montiel la sorprendió desde atrás.

También a contramano, el actor había madrugado la mañana del veinticinco.

—¿Querés un mate?

Él quiso. Y además se sentó.

Aquella conversación fue buena y reparadora para ambos.

Por una causa u otra, con voluntad o sin ella, porque estaba escrito o estaba borrado, volvieron a encontrarse las semanas siguientes.

Terminaba enero cuando Pedro Montiel quiso, por confianza y necesidad, contarle su tragedia.

¡Un brindis con cerveza!

Nora y yo habíamos conseguido alquilar una piecita y medio baño en la terraza de una pensión; lugar que bautizamos La Capilla.

Nora, los libretos de las obras que repetíamos parados en el colchón hundido, café y pan con picadillo fue suficiente.

Ese invierno salimos de gira, con el grupo, por el norte del país. Viajamos en la camioneta que habíamos podido comprarnos, convencidos de que el altiplano también quería las voces de Shakespeare.

Los gritos de Otelo atronaron en Humahuaca.

Macbeth se apunó.

Romeo y Julieta comieron humita en chala.

Enrique v se puso un gorro de lana con orejeras.

Trabajamos por poca plata pero a sala llena, a galpón lleno, a plaza desbordada. Un día nos pidieron una función allá, en un pueblito olvidado.

Donde el poncho perdió al diablo, nos dijeron.

Nosotros asentimos. Por qué no, si al fin y al cabo esa era nuestra batalla.

¡Pero vean que en el club social no hay escenario!

No importaba, nosotros podíamos cargar tablonés en la camioneta para improvisarlo.>

Si entraban los tablonés, no entrábamos todos; así que debimos separarnos.

Para esas ocasiones llevábamos las bicis en la parrilla. Cuatro se adelantaban pedaleando.

Antes de irse, ella me besó dos veces y yo le hice una promesa para cuando volviéramos a La Capilla. Nuestras risas chocaron en el medio.

Las bicicletas salieron media hora antes. Nosotros cargamos todo lo necesario para nuestro sencillo escenario, y arrancamos.

¿Ya habrán llegado?, me preguntó el director en el camino, mientras me pasaba un mate amargo.

Y yo contesté: Rotos.

¿Cómo podía imaginar...?

¿Cómo mierda iba a saber que mis palabras serían la peor realidad a un costado del camino?

El camión estaba atravesado. Las bicicletas, torcidas como insectos muertos.

Clavé los frenos. Mi vida se detuvo.

Parte IV
Escenarios pasados



I

JUSTINA, PAPELES SECUNDARIOS

Las intenciones místicas de la madre de Justina Grimalt caían demolidas bajo los influjos del teléfono.

Lo de ella era el fijo.

Sentarse en la mecedora y hamacarse lenta o rápidamente, dejarse ir hacia atrás o detenerse de golpe según fuera la conversación.

—¡Y nada de segunda!

Nada de segunda; eso fue lo primero que escuchó Justina.

—Yo ya no sé cómo repartirme. Todo junto, Marita, todo junto... Y con las energías a la miseria.

Su madre hablaba con una buena amiga, complementaria en todos los calendarios conocidos.

—Este casamiento se está haciendo cuesta arriba.

Su madre se refería al casamiento de su hija mayor, en el que, por supuesto, nada iba a ser de segunda.

—Ya sabemos que ella tiene gustos distintos a los nuestros.

Ella era la futura novia.

—Y tampoco quiero dejarla mal parada frente a su familia política. Para colmo, tengo encima el viaje de egresados de Justina.

Claro, porque Justina terminaba séptimo grado y su curso se iba a Córdoba.

—Del otro ¡ni hablar!, porque no me da ni un centavo.

El otro era su ex marido, padre de las dos hijas que el cosmos le había dado.

—Y hay mil detalles: peinado, maquillaje, ramo, torta, zapatos, *souvenirs*... que yo le sugerí unos buditas de la prosperidad pero no quiso. La cosa es que se me junta con lo de Justi y estoy molida, no hay meditación que alcance. Al final, Marita, no estoy pudiendo disfrutar de la boda de mi hija por esta cuestión de porquería.

Con «cuestión de porquería» se estaba refiriendo al viaje de egresados.

—Que, ya sabemos, son una completa pavada de la que después ni te acordás... Seamos realistas, los verdaderos viajes se hacen después. Pero esta chica tiene una ilusión...

Esta chica era la misma que escuchaba en silencio.

—¡No, no! Eso de ninguna manera.

Ahora su madre estaba fingiendo que rechazaba la idea del préstamo que Marita le ofrecía.

—Te agradezco pero... no sé qué decirte. ¿Vos podrías? ¿De verdad podrías?

Ahora estaba empezando a aceptarlo.

—Pero no... De ninguna manera.

Dudaba.

—¡Ya sé que vos no tenés problema! Y que dar es un acto sanador, pero no sé...

Justina tosió para obligarla a cambiar de tema.

—Está llegando Justi, después la seguimos.

En casa de aquellas mujeres, la cena era una buena hora para sostener charlas importantes.

—Ma, te voy a decir algo, ¡pero no te enojés!

—Intento, respiro, intento...

—No quiero ir de viaje de egresados —Justina detuvo la reacción de su madre—. Pará, pará... No me digas que es importante no dejar nada pendiente, asimilar los finales y cerrar los ciclos.

Su madre tomó un largo trago de agua, sin saber qué sentir además de alivio. Justina insistió:

—Ya sabés que no tengo muchos amigos en el curso. Prefiero quedarme.

—¿Segura, Justi?

—Segura.

Su mamá estiró la mano y le agarró la punta de la nariz como en el viejo juego.

—Sos muy especial, mi amor. —Y enseguida agregó—: Le sugerí a tu hermana unos buditas de la prosperidad como *souvenirs* y me dijo que no. Cuando vos te cases nos vamos a dar ese gusto, ¿cierto?

II

GREGORIO, DESDE EL PALCO

Los malos momentos no vienen solos, además llovizna. Lo peor jamás está rodeado de un buen paisaje, además hace frío.

La joven mujer regresaba a su casa antes de lo previsto. Feliz, con su pequeño hijo de la mano y un paquete con algunos restos del banquete en el que había trabajado como ayudante de cocinera. Volvía sonriente, pensando que iba a contarle a su esposo, con lujo de detalles, el escándalo del casamiento.

«Ya has visto que los ricos también se ponen brutos cuando se emborrachan. Muy pitucos y nariz parada, ¡hubieras visto la que se armó...! Terminaron tirando sillas contra un espejo más grande que esta casa, y vino la policía, y la novia, pobre chica, lloraba sin consuelo. A nosotros nos pagaron igual aunque no nos quedamos para servir el desayuno. Hasta nos dieron esto... Así que pasé a buscar al nene por la casa de mi mamá para que comamos los tres juntos».

—No pises los charcos, Gregorio. Te vas a resfriar.

El niño también estaba contento porque si su mamá sonreía él tenía la luna en el bolsillo.

La fachada era un muro deteriorado y una puerta de madera despintada de blanco. Después, un gran espacio rectangular de tierra dura, sin plantas, sin gracia, excepto por un árbol viejo en el que a veces colgaban ropa. Al fondo estaba la casa. Una construcción de mala calidad donde ningún aseo se notaba demasiado y nada lucía, ni los tapetes tejidos al crochet con retazos de hilos.

La mujer abrió ansiosa la puerta, por fin estaba en casa.

La extrañaron el volumen de la música y las luces encendidas en las dos habitaciones y el baño.

Se acercó despacio. Shhh, callate Gregorio. Y escuchó risas.

Su madre era fuerte y podía jugar con él a la pelota, al caballito, a la luchita mejor que nadie. Pero a esa hora él siempre estaba en la cama, abrazado a un Pato Donald que hacía como un pato de verdad. ¡Qué contenta estaría su mamá para decirle que subieran al árbol en lo oscuro! Dale, Gregorio, subí rápido, y hasta lo empujó un poco. Se sentaron en la rama de siempre, desde donde divisaban el ataque de los enemigos. Y era lindo... Pero enseguida tuvo frío y sueño. Quiero bajar. Callate, Gregorio, ahora no.

Recostada contra el tronco rugoso, la mujer pasó horas sin notar el dolor de huesos ni la incomodidad de las ramas clavándose en sus piernas.

Miraba las ventanas de la casa con los ojos fijos, y apretaba el paquete de comida

que empezó a desbordar jugos y aceites.

Algunos pájaros aletearon en la fronda, descontentos con aquellas presencias absurdas.

El pequeño se dormía de a ratos y se despertaba quejoso.

Shhh, quedate quieto. Dormite.

Y él entendía que, esa vez, debía obedecer.

Ella eligió ser testigo, y ver todo lo que le permitía el trasluz.

Ya clareaba cuando se abrió la puerta.

Su esposo salió con una mujer de cabello corto y rubio. Se reían y se besaban a cada paso, aunque ella, que lo conocía bien, supo que estaba apurado.

Pasaron bajo el árbol sin verla. Demoraron infinitos minutos en separarse.

Después, su esposo volvió caminando con paso de cumbia y se metió en la casa.

Recién entonces, ella sintió todos los dolores en el cuerpo y notó su mano sucia de aceite. Esperó un momento más. Bajó con su hijo y caminó erguida hacia la calle.

Como única despedida dejó caer el paquete con restos de comida apretada.

Alzó al niño que, enseguida, se durmió en su hombro.

Estaba aterida de frío y temblorosa. Y antes de doblar la esquina tomó la terrible decisión de no llorar.

III

MANUEL, TEATRO POBRE

La voz afónica y cargada de erres europeas atronaba en mitad de la avenida. El viejo blandía un palo amenazador contra los autos que, según su índole, tocaban bocinazos, insultaban o sonreían.

—¡Si no me detuvieron los magníficos tanques alemanes, menos lo harán estas latas, por más argentinas que sean!

La noche que escuchó por primera vez el sermón apocalíptico del croto de ojos azules, Manuel Reyes estaba cenando con sus padres en una vereda coqueta del barrio, porque el camión daba para esos gustos. Paloma olvidó los cubiertos en las manos, impactada por la escena bíblica.

Una semana después, en sus ya habituales callejeos, Manuel volvió a encontrarlo.

El viejo había llegado al barrio desde quién sabe dónde, expulsado por los colegas de la calle, que no comprendían su cháchara rusa ni los párrafos de Tolstoi que recitaba al inicio de cada borrachera.

Manuel Reyes pasó despacio frente a él. Por ese tiempo cargaba con quince años, y una profunda indiferencia por todo lo que lo rodeaba porque todo, en su opinión, era una basura.

—¡Señor! —lo llamó el croto con tono imperativo.

Manuel Reyes se detuvo. Había recibido el mismo tratamiento en la escuela, pero en esta ocasión fue señor de ser alguien, alguien de ser alto, alto de ser bello, bello de ser único.

El hombre, que estaba sentado en un umbral, se levantó con ayuda de su báculo y, aun así, con dificultad.

—Si me permite, voy a presentarme... Johan Grill, nuevo vecino de la zona, corresponsal en la segunda guerra... —El viejo achicaba los ojos para ver hacia atrás—. Vi volar brazos como pájaros, escuché sonidos infernales. Conocí valientes y cobardes, héroes y bastardos... y todos ellos viven conmigo. —Hizo un breve silencio—: Lo invito a compartir un trago.

Johan Grill revolvió entre sus bártulos: cajas de cartón, bolsas de supermercado y una valija mugrienta. Regresó con un frasco de vidrio lleno de ginebra.

—¡A su salud, señor!

Manuel Reyes recibió la bebida sin dar muestras del rechazo que le provocaba aquel frasco sucio, de contenido sospechoso. Para su suerte, el viejo se desinteresó del asunto.

Siguió viéndolo con frecuencia.

Solía buscarlo para conversar cuando estaba confundido. Se preocupaba cuando el viejo desaparecía durante semanas enteras. Pero si estaba apurado prefería tomar otro camino para no ofenderlo, porque siempre sus conversaciones eran largas y las despedidas eran difíciles.

Un día, Johan Grill le mostró la foto de dos jovencitas de cara redonda con gorros de piel en la cabeza, idénticas y sonrientes. Andrea y Tania, sus pequeñas hermanas; las que nacieron juntas y crecieron con el mismo pulso.

El viejo le contó que eran capaces de continuar un tejido sin que nadie notara la diferencia. Y que murieron juntas, una mañana fría en Moscú, sin despertar.

En otra ocasión, lo encontró cuando anochecía. Quiso evadirlo pero no pudo.

El viejo tenía una historia importante que contarle, la del tío Grigor Ivanovich, tosco y salvaje campesino que reducía el mundo a los más elementales términos prácticos; capaz de tratar cruelmente a su dulce esposa y obligarla a andar en cuatro patas, pastando hierbas, a modo de castigo. Murió retorcido y solo, como lo merecía. Y si lo recordaba era solamente para volver a olvidarlo.

Johan Grill escupió a un costado en señal de desdén.

Del viejo Johan Grill, corresponsal de guerra en el frente ruso, Manuel comprendió la vastedad del mundo y del tiempo, se quedó de rodillas frente a una ciudad arrasada, se hizo niño escuchando oscuras leyendas siberianas.

Un día Paloma llegó de la calle con la noticia: el pobre viejo había muerto de frío.

Manuel recibió el golpe. Raro, no sabía que lo quería tanto. Entonces, la tristeza le salió en verso:

—Tanto huir de la pólvora en el aire
para morirte de frío en Buenos Aires.

IV

GUADALUPE, UNA FARSA

Por siete años le confiaron su casa y su hija, siete años de darle trabajo para que les pagara como les pagó.

Cierto que Lidia se había ocupado de despertar a Guadalupe con el desayuno y de acompañarla a la escuela, cierto que era la que le alcanzaba un vaso de leche tibia y dulce en las noches de tormenta eléctrica. Pero, al fin de cuentas, era su trabajo; ¡y lo que se paga no se agradece!

Lidia, la señora cama adentro.

Lidia, de marcado acento entrerriano.

Si hasta aceptaron que llamara «gurisa» a Guadalupe; en clara disonancia con el nombre musical que llevaba la niña. Intentaron quitarle la costumbre, pero cayeron resignados ante semejante empecinamiento guaraní.

Si el matrimonio Bauco recordaba bien, Lidia se había hecho cargo cuando Guadalupe estaba a punto de cumplir los tres: este dedito, este y este otro. ¡Muy bien, gurisa!

Siete años más tarde pasó lo que pasó.

Lidia mordió la mano que le daba de comer.

Lidia cumplió con las generales de la ley: «La cabra al monte tira».

¡Y si hubiese sido otra cosa...!, pero justo la cadena y el crucifijo de oro, recuerdo de la primera comunión de Guadalupe; que si no se ponían melancólicos, ni cuenta se daban.

Ahora que no viniera con lágrimas, porque si es por necesitar todos necesitan, pero una cosa es la necesidad y otra la deshonestidad. Tanta confianza, y resultó ser una ratera. ¿Que lo hacía para ayudar al hijo menor, que se había metido en líos de muchachos?

El fin no justifica los medios, señora.

¿Que Lidia puso las manos casi en forma de rezo?

Dios estaba para perdonar. Ellos no.

Y que agradeciera que, en contra de lo correcto, no hacían la debida denuncia.

—Eso sí, te vas hoy mismo, Lidia.

Un rato después, Lidia se secaba las lágrimas con un repasador en uso. Tenía listo su modesto equipaje.

—¿Qué te pasa? —preguntó Guadalupe.

—Me voy a Entre Ríos.

—¿Por qué, si todavía no es Navidad?

—Igual.

—¿Cuándo volvés? ¿Quién me lleva a la escuela?

Lidia hubiera querido contenerse, callarse la boca y mentir que volvía pronto. Pero era de lágrima fácil y estaba acostumbrada a conversar con la niña de igual a igual.

Medio en entrerriano, medio en sollozos, le dijo que nunca volvería.

Alcides Bauco se asombró por la intempestiva entrada de su hija.

—Papá, no quiero que Lidia se vaya.

Semejante reacción lo obligó a disertar acerca de la ética, la moral y los deberes cívicos. Es que Alcides Bauco reservaba su oratoria para los momentos álgidos de la educación. Para el resto, estaba la madre.

—Hija, hay límites que no debemos traspasar nunca y bajo ningún pretexto. ¿Qué pasaría si todos tomáramos lo que deseamos así como así? La ley está antes que las necesidades personales, ¡recordalo bien!

¡Cómo habrá sido de eficiente el sermón!, ¡cuánto habrá resonado en el alma infantil...!

Lidia dejó su maleta en el piso y llamó al ascensor.

Guadalupe abrió la puerta del departamento para verla partir.

—Portate bien, gurisa.

El ascensor se detuvo. Se abrió la puerta.

—Chau, mi amor —dijo la mujer.

¡Cómo habrá sido de eficiente el sermón!

—¡Andate! —dijo Guadalupe y sacó la lengua.



Sábado por la tarde, en la plaza del barrio de Manuel.

Hola.

Antes de llamar a la puerta del entrevistado había que pensar las preguntas. Los chicos se reunieron casi sobre la hora, sin tiempo para discutir demasiado. Guadalupe, en todo caso, ya no parecía tan interesada como antes en cuidar la inteligencia del reportaje. Apenas si se ofreció a escribir lo que el resto propusiera.

1. ¿Quiso ser actor desde niño?
2. ¿Dónde estudió teatro?
3. ¿Le gustaría ser actor de cine o de televisión?
4. ¿Cuál es la obra que más recuerda?
5. ¿Recibió algún premio?

Como se les acababa el tiempo, decidieron que improvisarían las preguntas faltantes. Y salieron corriendo.

Llegaron, esperaron unos segundos para recuperar el aire y llamaron.

Pedro Montiel salió a recibirlos con la misma ropa y la misma sonrisa que tenía puestas el día que lo visitó Manuel Reyes. Solo que esta vez, a diferencia de la primera, demoró mucho en abrir; demoró tanto que los chicos llegaron a pensar que el tipo no estaba. Sin embargo, cuando ya escuchaban el plural de la Mavers, «Y bien, señores, estamos desaprobados», el hombre apareció.

Como los alumnos de la profesora Inés Mavers desconocían por completo el arte de la actuación teatral, no percibieron que el tiempo de espera fue el justo, el apropiado, el estricto para la entrada de un protagonista de tragedia clásica.

—¿Y las cámaras? —preguntó el actor.

Era un chiste.

—Adelante.

La casa era un galpón reciclado.

Pedro Montiel los recibió en un gran espacio vacío; casi una sala de ensayo con piso de goma oscura, paredes blancas, pocos muebles: una gran caja negra donde el sol no entraba, y la luz artificial imponía otras realidades. Sobre la mesa puesta en una esquina se amontonaban papeles, libros, algunos remedios, un plato donde yacía una antigua porción de pizza. Y en un extremo, una pieza de pura arqueología cibernética que los chicos miraron como si se tratase de un fósil desenterrado de estratos arcaicos.

Manuel Reyes estaba a punto de burlarse cuando vio junto al teclado un pañuelo de su madre, el azul con florcitas blancas, el que le había regalado para su cumpleaños.

El dolor lo dejó petrificado.

Cómo duele el estómago cuando duele el corazón, cómo se desparrama el veneno cuando no es posible insultar, devolver el golpe una vez, dos veces, escupir por qué con mi vieja, y cagar a trompadas al que le estaba hablando.

—Veo que llamó tu atención este pañuelo. Le pertenece a una dulce amiga que supo escucharme y me contó sus sueños. Sueños que solo yo conozco. Yo y sus cajones, porque allí los guarda.

Los cajones, es cierto... Su mamá perfuma los cajones. ¿Será por eso?, ¿porque ahí guarda sus sueños?

—¿Qué sueños son? —se atrevió a preguntar Manuel Reyes.

—¿Es parte de la entrevista?

—No.

—Entonces, no hay respuesta.

Enseguida, Pedro Montiel les pidió que se sentaran en lugares predeterminados. Él lo hizo en el único sillón de la habitación, ubicado junto a una lámpara de pie y una consola. Guadalupe y Justina utilizaron dos sillas de tapizado azul que alguna vez debieron ser costosas. Gregorio se sentó sobre un baúl. Y Manuel Reyes, en un enorme parlante puesto a modo de asiento, con el rostro pálido y aullidos en la cabeza.

Guadalupe Bauco había llevado su propio y profesional grabador.

A propósito, Pedro Montiel tenía un pedido que hacerles.

—Apaguen los celulares... No me gustaría que interfiera un sonido realista.

Uno, dos, tres, cuatro ringtones de apagado. Y entonces el silencio fue distinto, un silencio sin amenazas.

—¿Ya podemos grabarlo? —preguntó Guadalupe en voz baja.

—Sí, pueden —respondió el actor, al tiempo que encendía, desde la consola, una luz cenital que puso a todos en el mismo plano y acortó las sombras.

Tras una verificación destinada a comprobar que la conversación se estuviese grabando de manera óptima, hola, grabando, hola, Gregorio hizo la propuesta de apertura que la profesora había solicitado.

—Usted tiene que presentarse...

—Nos gustaría —suavizó Justina.

—Ahá —Gregorio continuó—. Su nombre, su profesión y esas cosas.

—Y esas cosas —repitió Pedro Montiel.

Palmada inaugural en sus rodillas.

Si algo maravilloso tenía aquel hombre era su voz, como un agujero negro que absorbía todo lo que rondaba.

—A veces soy Pedro Montiel. Solo a veces.

Gregorio miró a Guadalupe con cara de «¿Y este?».

—Aunque también he sido un príncipe en Dinamarca, un rey francés que

encabezó la guerra contra el ejército de Inglaterra. He sido un muchacho enamorado que trepó al balcón para ver a su amada y murió por una absurda equivocación. Pero ahora soy Pedro Montiel. Al menos, lo seré durante un rato. Tal vez después me aburra y me transforme en otra cosa.

Suspiro de cierre.

—¿Ya podemos empezar? —Guadalupe Bauco entró en escena.

Pedro Montiel asintió y apagó la luz de sala.

—¿Quiso ser actor desde niño?

Desde la consola, se encendió una luz blanca, que destacó el rostro de Guadalupe.

—Quise ser actor para nunca dejar de serlo —fue la respuesta.

A todos les pareció suficiente, y siguieron adelante.

—¿Adónde estudió teatro?

—Empecé en una casona antigua que tenía problemas de electricidad, continué en un lugar llamado La Capilla, di mis mejores exámenes parado arriba de un colchón hundido y me recibí en el altiplano argentino, un día caluroso y atroz.

Guadalupe estaba a punto de formular la tercera pregunta cuando fue interrumpida.

—¿Siempre vas a preguntar vos? Me gustaría escuchar la voz de la señorita que quiere pasar desapercibida.

Era evidente que se refería a Justina.

—¿Usted dice yo? —se asombró Justina.

—Usted dice yo —repitió el actor—. Qué hermosa frase.

Justina tomó la hoja de papel. Y tragó saliva. Hubiese querido tocar su nariz antes de comenzar, pero era imposible con tanto público mirándola de cerca.

Cambio de luces. Todo alrededor de Justina quedó en sombras. Una luz tenue la dejó sola.

—Bueno, nos gustaría saber si quiso ser actor de cine o televisión —balbuceó la iluminada.

—No me gustaría —respondió Pedro Montiel.

Semejante estupidez requería una aclaración. Al menos, así lo sintió Gregorio Estevanez, que quiso saber por qué alguien se negaría a ser famoso.

—Porque mi primer sueño fue ser jugador de fútbol.

Silencio de absoluta incompreensión, interrumpido por una ovación de hinchas que salió de la garganta del actor.

—Estás ahí, en la cancha, y la gente mirando, respirando, queriendo ver si sos bueno o malo... Estás ahí y tenés que ganarte el aplauso. Si errás el penal, nadie te va a salvar diciendo: ¡Corten, se filma de nuevo! Si te tropezás, te tropezaste. Como los jugadores, los actores de teatro tienen sus dos actos y su entretiempp, su bendita transpiración bajo las luces, su ropa de escena y el público presente. Si lo hacés bien,

te vas ovacionado. Y si no, hay que esperar hasta el siguiente domingo.

—Estaría bueno que eso quede en la entrevista —dijo Estevanez, arrebatado con la contundencia de la metáfora futbolera.

Con esas palabras, Gregorio se ganó su propio haz de luz.

Pedro Montiel se puso de pie, caminó hacia Gregorio y, mientras hablaba, lo rodeó con pasos lentos.

—El baúl donde el joven Gregorio apoya con indiferencia su trasero es una reliquia. Sabed, mozuelos, que allí duermen personajes inolvidables y eternos.

Comprendiendo el objetivo de su *partenaire*, Gregorio se desplazó imperceptiblemente hacia la oscuridad. El baúl pasó a ser protagonista.

—Deben saber —siguió el actor acariciando la madera oscura— que aquí descansan los héroes del teatro clásico isabelino. ¿Sabéis de lo que hablo?

¡Chan!

—¿Acaso escucharon nombrar a William Shakespeare?

En esta ocasión, Guadalupe y Gregorio movieron la cabeza afirmativamente.

—Ahora solicito que cada quien elija un objeto de los que aquí están guardados. Háganlo sin detenerse a pensar. Lo que escojan me hablará de ustedes y de su futuro.

Chirrido de bisagras oxidadas. Olor a naftalina.

Como los chicos dudaban, Pedro Montiel tuvo que persuadirlos.

—Otorguémonos, por un momento, el placer del juego. Eso no nos hará ni niños ni más bobos.

Para no intimidarlos, el actor les dio la espalda.

El primero en reaccionar fue Gregorio, afecto a imaginerías y ficciones. Lo siguió Justina, entusiasmada con el juego. Después la parquedad de Guadalupe. Y al fin, el odio de Manuel Reyes.

Pedro Montiel miró uno a uno los objetos elegidos. Señaló a Gregorio.

—A mí me gustó esta botellita. —El chico se refería a un pequeño recipiente de vidrio azul.

Con un movimiento ágil, el actor se la arrebató. Se escondió detrás del baúl, para entonces protagonista de la escenografía, cerró de un golpe la tapa, y el que apareció ya era otro; uno capaz de saltar sobre la tapa con el solo impulso de los brazos.

—Yo soy ese alegre andarín de la noche. Soy el taburete donde una anciana se sienta a contar cuentos, conozco sirenas que montan delfines y entonan armoniosas melodías. Soy capaz de poner un cinto a la Tierra en cuarenta minutos. Caballo unas veces, otras seré perro, oso sin cabeza, cerdo y fuego fatuo que relincha, ladra, ruge, gruñe y arde cual caballo, perro, oso, cerdo y llama.

»Mentiroso me dirán, pero aún esos fueron felices, fueron mejores después de oírme. No pongáis objeción a mi trabajo, que solo un necio confunde la mentira con el arte.

La pequeña botella de vidrio azul voló de regreso a las manos de Gregorio. Y la voz de Puck concluyó:

—Igual que yo, hay en el mundo quienes tienen el don de la invención. ¿Qué crearán con él? ¿Maravillas o falsedades?

Gregorio se agarró de la botella. Nunca había pensado que su vergüenza podía ser un don.

Mientras tanto el actor había recobrado su cuerpo y señalaba a Guadalupe.

—Elegí una corona de flores —dijo ella.

—¡La tempestad! —exclamó Pedro Montiel, y pidió que le acercara el objeto—. Esta corona de flores le pertenece a Miranda. Hija leal, que se exilió con su padre en una isla desmesurada. Juntos hallaron la salvación.

»Padre, te lo ruego, dime por qué has desatado esta tormenta. No hay arbusto ni mata donde resguardarse, y ya se cuece otra tempestad, la oigo cantar al viento. Si sigue tronando, si esa nube se vacía como cántaro no sabré dónde meterme. Padre, me vencerá el desaliento.

El actor caminó hacia Guadalupe, se detuvo frente a ella e intentó colocarle la corona de flores. Guadalupe lo rechazó con un gesto.

—Sea... Era para protegerte de la tormenta.

De inmediato, el actor se dirigió a Justina.

—Yo elegí esto —dijo Justina, casi escondida tras un velo color ámbar.

—Ah, Cordelia, la hija menor del rey —dijo el actor—. La que calla, la que no brilla. Cordelia, demasiado débil para la vida.

Se hincó y le tomó la mano.

—Hermosa Cordelia, vuestra falta de fortuna os hace más rica a mis ojos. Cuando más os abandonen, más preciosa sois. Cuanto más os desprecien, más digna sois de amor. Tomo vuestra persona. Deseo adquirir el tesoro que los demás desdeñan.

Justina escuchó con los ojos bajos y una sonrisa infantil.

—¿Qué harás, Cordelia, amar y callar?

Ahora Manuel Reyes ya no tenía alternativa.

Con furia infinita, extendió lo que había elegido, sin decir ni una palabra.

Pedro Montiel demoró en hablar.

—¡Dorado cinto cuyo dueño fue un hombre que lo perdió todo a causa de las apariencias! Ingenuo Otelo...

Pedro Montiel regresó a la luz y compuso el personaje más solemne de la tarde.

—Es la cruz de mi carácter rastrear falsedades y, a veces, mis celos crean faltas de la nada. Quiero una prueba. ¡Pañuelo, confesión, pañuelo! Confesión y horca por hacerlo. Primero horca y luego confesión.

Para entonces, el actor era un moro endemoniado, dispuesto a asesinar a quien más amaba.

—El corazón se me ha vuelto piedra. Lo golpeo y me duele la mano.

El juego había terminado. Los objetos volvieron a dormir en el baúl. Regresó la luz plena.

—¿Desean una taza de café?

Intervalo.

Después de algunos sorbos, cuando los chicos se preparaban para continuar con la entrevista, Pedro aparentó una despedida.

—Bueno, se acabó el cuestionario.

Desconcierto general.

—Pero la profesora pidió siete preguntas —se animó Gregorio.

—¿La señora se llama...?

—Inés Mavers —volvió a decir Gregorio, con ojos grandes.

—¡Graben! —La autoridad de Pedro Montiel fue determinante—: Estimada Inés Mavers, heme aquí, rodeado de cuatro de sus respetuosos discípulos. Agradecido, es cierto; pero a la vez alarmado. Creo observar en ellos cierta inclinación a los resultados inmediatos, urgidos por completar las siete preguntas sin detenerse en ninguna respuesta. Descuento que no es usted, profesora, quien promueve tan frívola conducta. Yo, el entrevistado, como ciudadano libre y crítico, tengo derecho a estar cansado. Como tengo derecho a hablar de lo que me parece importante. Por eso me concedo la prerrogativa de hacerme la última pregunta. ¿Qué es el teatro?

Los chicos se miraban entre sí, desconcertados. Guadalupe tomó una decisión interna: Se borra, y listo.

—¿Qué es el teatro? —repitió el actor.

Sonó la alarma de un reloj.

—Van a disculparme, debo atender a mi abuela. Tocó la hora de su medicina.

Guadalupe apagó el grabador.

Pasos de actor hacia el fondo lejano de la sala, giro a la derecha, dos escalones.

Desde una habitación interior llegaron quejidos.

La anciana parecía dolorida. Gimió una cama. Se escuchó un diálogo lejano en el cual se distinguían claramente la voz profunda de Pedro Montiel y la voz cascada de su abuela.

Al cabo de un momento, Pedro Montiel asomó medio cuerpo y dijo algo impensado:

—Tengo que cambiar las sábanas de su cama porque se orinó. Van a tener que esperar mientras yo resuelvo esto.

Susurros mínimos.

—¿Qué hacemos? ¿Lo esperamos?

—Y, no nos vamos a ir sin saludar.
—¡Justo se meó la vieja!
—Shhh, te va a escuchar.
—Si demora mucho yo me voy.
—Pará, aguantá un cacho.
—Pobre...
—Che, hagámosle el aguante. Mi abuela también se mea.
—No empecés, Gregorio.
—Shhh, cállense.
—Y vos qué decís, fantasma.

Metido en su penumbra, Manuel Reyes también recorría su sospecha, su roña. «Si este man no vive solo..., ¿cómo es? Cierto que mi carácter es una cruz. Pañuelo, confesión... ¡Quiero una prueba!».

Los sorprendió la aparición de la anciana, en la abertura que daba al interior de la casa. Estaba cubierta con una cobija gris de pésima calidad. Se apoyaba en un bastón y caminaba con extrema lentitud. Bajo el borde deshilachado de la cobija asomaban unas canas pajosas y amarillentas. Su espalda estaba tan encorvada que la mujer solamente podía mirar el piso. Como vieja de cuento.

Más que lástima daban deseos de estirla, de regresarla a su sitio como si fuese una figurita de plastilina.

—Buenas tardes, señora —saludó Justina.

En el papel del coro, Bauco, Estevanez y Reyes se sumaron a las últimas sílabas. Sin responder, la anciana desapareció tras una puerta.

Demasiado silencio.

Descarga de inodoro.

La anciana regresa.

Esta vez, la abuela no siguió hacia su dormitorio. Se detuvo y, sin alzar la cabeza, habló para todos.

ANCIANA. —¿Están aquí por el miserable de mi nieto?

La respuesta era difícil. Decir que no era mentir. Decir que sí era aceptar que Pedro Montiel era un miserable. Nadie contestó.

ANCIANA (*con aparente irritación*). —¡Pedro! Necesito que me rasques la espalda. ¡Pedro, cantá «Aurora»!

Como su nieto no le respondía, ella misma empezó a hacerlo.

ANCIANA (*cantando con voz potente para sus años*).

Alta en el cielo

un águila guerrera

audaz se eleva

en vuelo triunfal...

(Mientras canta, deja caer el bastón).

Azul un ala del color del cielo

azul un ala del color del mar

(El patriotismo parece enderezarla, erguirla).

Así en alta aurora irradial

punta de flecha el áureo rostro imita

y forma estela el purpurado cuello

(La cobija que la cubre empieza a resbalarse lentamente).

El ala es paño

El águila es bandera.

(Alza un brazo, se arranca de un tirón la caballera pajosa).

—¡Y esto es el teatro! —dijo una voz de hombre.

Los restos de la anciana estaban en el piso.

—Porque nada es, del todo, lo que aparenta, ni para bien, ni para mal, ni tan buena la una, ni tan mala la otra... ni tan perro el perro, ni tan encorvada mi abuela... Ni yo tan viejo ni ustedes tan jóvenes. Un día fui un muchacho capaz de correr hasta el desierto rojo del horizonte por besar a un chica. Un día ustedes tendrán la obligación de responder preguntas, ¡ojalá entonces recuerden esta tarde! Ahora sí voy a pedirles que se retiren. Estoy cansado.



Bauco, Estevanez, Grimalt y Reyes.
Ninguno tenía ganas de reírse.

No quedaba otra. Desgrababan el domingo a la tarde.

—¿En tu casa, Justina?

—Sí, claro.

El primero en separarse del grupo fue Manuel Reyes.

—Yo vivo acá nomás. Chau.

Bauco, Estevanez y Grimalt.

Guadalupe se animó a los primeros insultos contra el actor. Justina y Gregorio, en cambio, caminaron en silencio hasta la avenida.

—Me voy por acá. A una cuadra tengo la parada, chau —dijo Justina.

Bauco y Estevanez.

Ya ni siquiera valía la pena insultar... Por lo menos tenían la entrevista.

—Te acompaño a tu casa —dijo Gregorio.

—Dale.

Grimalt, Justina llegó a su casa.

Hija de madre con trenza, madre separada, madre tan delgada que solían compartir la ropa. Grimalt, Justina, hermana menor de una hermana que sin pedir permiso ni dar explicaciones se casó por iglesia, tiró las piedras de cuarzo como si fuesen cascotes, apagó los sahumeros y los cambió por perfumes caros. Y sin embargo, tan frívola, tan burguesa, se llevaba la mejor parte del amor materno.

Cuando Justina llegó a la casa colorida donde vivía encontró a su madre en posición de loto, meditando por la paz de Medio Oriente.

Lao, Niebla y Pacha se metieron entre sus piernas. Justina los saludó con voz acorde a la situación.

Fue a la cocina, abrió la heladera.

Brotos de alfalfa, no.

Una porción de tarta, no.

Yoghurt...

Justina sacó uno y se sentó a comerlo. Su mamá apareció cuando estaba raspando el pote con la cucharita.

Ocupó la silla frente a su hija y se acomodó los tres anillos de la mano derecha.

—Me contó tu hermana que otra vez la dejaste plantada con el nene... A ver, Justi, hay una armonía cósmica de la que todos somos responsables y, si no te hacés cargo de tu parte, tarde o temprano, el universo te va a interpelar, ¿me comprendés, cielo?

Pero Justina estaba metida de sus oídos para adentro.

—Mamá, ¿leíste a Shakespeare?

La pregunta descolocó a la mujer de trenza.

—¿A Shakespeare? Alguna vez. Pero ¿a qué viene...? Justi, revisá tu interior porque creo que estás tratando de evadir el núcleo conflictivo, que sos vos misma.

—¿Leíste *El rey Lear*? Porque hoy me dijeron que me parezco a Cordelia.

—Ahí tenés, Justi. ¡Siempre comparándote! Que con tu hermana, que conmigo, y ahora con esta otra chica, Cordelia.

Bauco, Guadalupe. Hija única de padres únicos.

Cuando Guadalupe Bauco llegó al departamento frente al parque, encontró a su padre sentado, absorto en las luces de una ciudad que los señalaba.

Su madre luchaba con el rompecabezas de una batalla en alta mar.

La recibieron con saludos parcos y el inmediato anuncio de la cena.

El televisor, como en las últimas semanas, estaba apagado. Más que apagado, muerto.

La mesa del comedor tenía puesto el mantel de color rosa viejo y la vajilla blanca, la de todos los días. Cena liviana, pechugas y ensalada que sirvió Ini, empleada con cama adentro.

Sentado a la cabecera, Alcides Bauco se veía envejecido.

Empezaron los sonidos de una cena sin conversaciones: metal contra metal, la profusión de la soda, el crujido de las galletitas de cereal...

El televisor estaba callado desde hacía un par de semanas, cuando el empresario Alcides Bauco, con nombre y apellido, apareció junto a un caso de intoxicación masiva.

«El Hogar de niños se sacudió ayer debido a una intoxicación que produjo, hasta el momento, la muerte de dos menores. Hay otro en estado de gravedad, y varios internados. El producto que ocasionó la tragedia sería una remesa de mayonesa en mal estado, incluida en una donación realizada por la empresa alimentaria...».

Los abogados defensores de Alcides Bauco derivaron la responsabilidad al personal de la institución, contraatacaron, insinuaron conspiraciones.

Por su parte, el diputado Nicolás Grimalt, activista en la causa de los derechos humanos, denunció.

«Este empresario procuró reducir sus impuestos donando muerte».

Alcides Bauco se fue de Tribunales sin hacer declaraciones.

Domingo a la tarde para la desgrabación. Domingo nublado, en el cielo y en la Tierra. Tristeza infinita de quien debe atender a una obligación en día de ocio.

Así empezó todo: mal.

Justina, que se demoró en el almuerzo de sus tíos, fue la última en llegar a su

propia casa. Por tanto, Bauco, Estevanez y Reyes fueron recibidos por la mujer de trenza que, de inmediato, se sintió entre pares, tomó posición de loto sobre la alfombra y arrancó con un monólogo inacabable. Como autodefensa, los tres oyentes hacían periódicas fugas mentales, al regreso de las cuales hallaban a la oradora ya riendo a carcajadas, ya lagrimeando, ya con gestualidad apocalíptica.

Por fin, Justina abrió la puerta.

—Perdón, me demoré un poco. —La recién llegada se tropezó con la alfombrita de WELCOME.

—¿Un poco? ¿O un poco más? —dijo Guadalupe.

—Ningún problema, cielo —intervino la madre—. Estábamos de lo más entretenidos.

Manuel Reyes, alejado de la situación e incapaz de enojarse por una tardanza, miró a su compañera de un modo nuevo. Justina tenía los rulos desatados, un vestido claro y corto... El domingo le quedaba bien.

Perdido el protagonismo, la mujer de trenza se retiró a su jardín a «hablarles a las plantas».

Los cuatro ocuparon sus sitios alrededor de la mesa grande de madera. ¿Quién escribe?

—Yo —dijo Guadalupe.

Play.

Hola, grabando, hola.

—Eso no lo escribas —se apuró Gregorio.

—¿En serio? —se burló Guadalupe.

Rewind.

Hola, grabando, hola.

Usted tiene que presentarse. Nos gustaría. Ahá. Su nombre, su profesión y esas cosas.

Guadalupe se tentó con una risa solitaria. En el curso, sus burlas solían tener respaldo asegurado.

Stop.

—¿De qué te reís? —La pregunta de Manuel sonó cortante.

—De la voz de... —pero la risa le impidió continuar.

—Dale, Guada —intervino Gregorio.

Fue largo y denso atar cabos, entender el motivo de tanta risa; quizá por eso no contagió. Guadalupe se quedó sola. En su garganta, el nudo estranguló la carcajada.

La hija de Alcides Bauco no quiso seguir escribiendo. Para que nadie notará su angustia, se aferró, como una tabla de salvación, al mandato familiar: Todo adentro y nada afuera.

Los demás intentaron continuar. Justina se hizo cargo de escribir.

La cabeza de Guadalupe se cargó de nubarrones negros, afuera el cielo amenazaba, ¿qué era antes? ¿El cielo o su cabeza? ¿Qué era antes? Nunca su apellido había estado cerca de esos infiernos.

Esos niños, repetía la prensa, habían muerto con horribles calambres intestinales, vómitos de sangre y asfixia.

Su padre guardaba silencio.

Afuera, el cielo dominical se hacía pedazos.

—Guada, ¿qué te pasa? —preguntó Justina.

Guadalupe Bauco tuvo ganas de llorar, de desarmarse; pero había un mandato.

—Nada —y levantándose de la silla, agregó—: Me voy, les dejo el grabador.

No había nada que discutir.

Gregorio gesticuló como diciendo «Hay que acompañarla. Yo me hago cargo».

Y se fue detrás.

La grabación había seguido corriendo. Suspiro de cierre.

Manuel y Justina se quedaron solos con un trabajo que no tenían ganas de hacer. Por lo demás, ninguno de ellos era un alumno ejemplar.

—Debe ser por lo del padre, ¿no? —dijo Justina.

Manuel no respondió.

—¿Vos sabés lo que pasó? —continuó la chica.

—Padres, madres, embusteros viejos.

Niebla, la gata gris, saltó sobre las piernas de Justina que, enseguida, se puso a jugar con ella. Manuel, más afecto a mirar que a conversar, se quedó pegado a los movimientos de la chica y la gata, la gata y la chica, que se entremezclaban.

El cuerpo de Manuel Reyes se puso al acecho.

El tiempo recorrió primero las grandes avenidas: las materias a marzo, la cercanía del verano, la noche. Después, el tiempo dobló por la esquina del drugstore, y se metió por la ruidosa calle de la música, aceleraron en la rotonda de los asuntos familiares y, cuando estaban por meterse en la cortada «¿En qué quemás tu vida?», la mujer de trenza reapareció lista para salir.

—Nos vamos, Justina.

—¿Adónde?

—A cenar a casa de tu hermana.

—Yo no sabía...

—Bueno, cielo, te estoy avisando.

—No, no. Pero igual no voy.

—Si es por el chico, lo acercamos a la parada.

—No. Prefiero no ir, ma.

—Mirá que tu hermana sigue un poco ofendida.

—Ya le pedí disculpas.

—Justi, no seas egoísta. Pensá que tu hermana encara un nuevo proyecto, y yo quería que esta noche armonizáramos energías.

Manuel se miraba las zapatillas.

Justina presentaba batalla.

—Cielo, ¿puedo saber por qué?

—Porque no tengo ganas.

—¿Y yo qué le digo a tu hermana?

—Decile que se ponga contenta porque estoy empezando a ser sincera, como a ella le gusta.

La mujer inhaló por la nariz y exhaló por la boca en cuatro tiempos a fin de descargar el chakra del plexo. Así, con los canales abiertos, logró despedirse con amabilidad.

—Chau. En la heladera hay hamburguesas de soja.

Se quedaron solos; ellos y los gatos.

Justina puso música. Los Redondos.

Para Manuel no estuvo tan mal. Pero la música era su casa, y en su casa mandaba él.

Esa chica necesitaba que la actualizaran.

<http://grooveshark.com>

Y empezó a sonar lo bueno.

Para entonces, los objetivos de uno y otro se diferenciaban. Manuel Reyes estaba en rol de maestro iniciador. Justina Grimalt pensaba que, tal vez, podía enamorarse.

—¿Viste, en el video, las monjas vestidas de policía?

Para entonces, Justina Grimalt empezaba a enamorarse.

—Y viste donde dice...

Yo uso al enemigo, a mí nadie me controla.

Le tiro duro a los gringos y me auspicia coca cola.

De la canasta de frutas soy la única podrida

adidas no me usa, yo estoy usando adidas.

Para entonces, Justina Grimalt estaba decididamente enamorada.

Ya había dejado de llover. El calor subía al cielo.

Para tragar las hamburguesas de soja, Manuel fue a comprar fermento de cebada, un líquido impensable en la mesa familiar de Justina, donde el agua pura y natural era la norma.

A su regreso, Manuel Reyes notó, asombrado, que Justina se había delineado los

ojos.

—¿Te vas a algún lado?

—No, ¿por qué?

—Ah, por nada.

El único que comió fue Manuel. Ella, subida a un torbellino emocional, prefirió decir que con un bocado estaba satisfecha, y tomar un vaso de cerveza.

Para el organismo ascético de Justina aquello fue una catarata de adrenalina, espuma del delirio, burbujas tecno...

Ajeno al éxtasis de su compañera, Manuel masticaba hamburguesas y seguía hablando de hip hop. Justina ya no lo escuchaba, se enfocaba en sus ojos.

Ojos en forma de almendra... Grandes, aunque no enormes. Verdes sin lugar a dudas y trazados con una línea espesa. Ojos de un verde contundente, ojos azules.

Psicodelia. Luces estroboscópicas.

Tres gatos en el tejado, y Gatúbela en la cocina.

Un beso intempestivo que dejó mudo a Reyes, el bravucón urbano.

Un rato más tarde dormían en la cama de Justina, abrazados pero vestidos, porque el vaso de cerveza no alcanzó para más.

Parte VII
Telón arriba



Lunes de finales de noviembre.
El elenco completo faltó a la escuela.

Gregorio se levantó como siempre, demasiado tarde para llegar temprano.

La madre llegó de hacer guardia en enfermería, rompiéndose el alma como toda la vida, desde que bajó del árbol y caminó con Gregorio en brazos.

—Hola, hijo —lo saludó con parquedad, a pesar de que no lo veía desde el viernes.

Gregorio le sonrió:

—¿Cómo estás, viejita?

—Cansada... Tomo unos mates y me meto a la cama.

—No sabés —Gregorio siempre tenía ganas de contar historias, aunque fueran las siete de la mañana—. Entrevistamos a un actor. El tipo era un fenómeno, pero estaba re-loco. Nos cambiaba las luces, hizo un montón de personajes de Shakespeare y, al final, se transformó en una vieja que cantaba «Aurora».

—Ay, hijo. —La mujer se veía agotada—. Ya sos grande para mentir. A veces me dan ganas de decirle al psicólogo del hospital que te atienda.

—¡Pero, mamá, posta...! —Gregorio hizo una cruz sobre sus labios.

—Andá, andá a la escuela que se te hace tarde.

Gregorio caminó pateando una piedra, siguiendo una piedra. La piedra se detuvo en la pared baja de una casa que parecía abandonada. O al menos, así lo escribió Gregorio en su cuaderno.

«Encontré una casa abandonada, vacía como una página en blanco. Va a ser mi cueva. Le voy a escribir cortinas de telaraña. Aquí todo va a ser verdad. ¡Maravillas y no falsedades!».

Aquella mañana, sin saberlo, Gregorio Estevanez estaba iniciando un destino.

El mismo lunes.

El despertar le trajo a Guadalupe todo el peso de la mañana húmeda, sin embargo todavía pensaba atender a sus actividades diarias.

Desayunaba en la cocina cuando llegaron gritos contenidos desde la habitación de sus padres. Otra vez lo mismo. Su madre parecía loca, últimamente parecía loca.

Cuando Alcides Bauco, empresario de renombre en la actividad alimentaria, fue acusado de envenenar niños, su esposa tropezó con el límite. Nadie lo hubiese dicho de ella, siempre brillando a la sombra de su esposo, pensando en la mejor manera de acompañarlo. Y de pronto, una pared impidiéndole seguir adelante. Una pared como un niño amoratado, muerto en el curso de un vómito.

—Tengo pesadillas, Alcides... ¡Todas las noches se me aparecen!

En esta ocasión, Guadalupe no eligió los auriculares para protegerse de la tormenta.

En esta ocasión, caminó hasta el pasillo que llevaba al dormitorio matrimonial. La discusión estaba agotada. Su padre seguía hablando como desprovisto de emociones, ganado por la fatiga de una pelea larga e inútil. Ya había dicho que la responsabilidad recaía sobre el nivel gerencial de la empresa, ya había dado sus condolencias.

—Me acuerdo del día que me recibí... Bajé las escaleras como un ingeniero, pensando que la moral existía y que yo iba a desayunar con ella todos los días... No pude, no se puede. Los lujos cuestan mucho más que dinero. Y yo ya no soy el que bajó las escalinatas.

Un rato después, Google, obras de Shakespeare, *La Tempestad*, categoría: Romances Tardíos.

Guadalupe Bauco, hija del ingeniero Alcides Bauco, buscaba las palabras que un actor desconocido le había dedicado.

«Padre, te lo ruego, dime por qué has desatado esta tormenta. No hay arbusto ni mata donde resguardarse, y ya se cuece otra tempestad, la oigo cantar al viento. Si sigue tronando, si esa nube se vacía como cántaro, no sabré dónde meterme. Padre, me vencerá el desaliento».

Ella era Miranda, sin corona de flores.

Manuel había pasado la noche en casa de Justina.

A las seis de la mañana se fue sin hacer ruido, antes de que la mujer de trenza se levantara a hacer yoga. Y sin saber muy bien qué quería hacer, saludó a Justina como una amiga.

Muac, beso en la mejilla.

Sabía de sobra lo que le esperaba. Su madre angustiada, asomándose a cada rato a la puerta, lista para ir al colegio si no llegaba. Eso, y todo lo necesario.

No había cumplido ni con el mínimo compromiso de avisar que no volvía a casa, que estaba bien. Fue a propósito, el celular había vibrado cien veces con la desesperación de su madre. Él no contestó porque tenía motivos bien fundados.

La cosa había empezado dos meses atrás, el día que salió de su casa sin saber que su madre había salido unos segundos antes. Manuel caminó despacio con la única intención de no alcanzarla, porque entonces ella iba a querer que la acompañara hasta el mercadito de la avenida. ¡Acompañá a tu madre! Manuel retrasó el paso, total en la esquina tomaban direcciones opuestas. Sin embargo, en la esquina sucedió algo distinto. Su madre no tomó el camino previsible, giró por el pasaje... Seguían la misma dirección así que no iba a tener más remedio que alcanzarla y soportarla, porque cuando lo veía en la calle lo saludaba como si llegara de un viaje. Pero su madre se detuvo y llamó a una puerta. Desde su sitio, Manuel no pudo determinar con exactitud de qué casa se trataba. No quedaba otra que alcanzarla, ¿qué hacés por acá, vieja? Pero antes, el tipo alto y flaco, con

renombre de loco, abrió la puerta y la hizo entrar.

Manuel Reyes estaba confundido, ¿qué hacía su mamá en esa casa, a la hora de la siesta? Se alejó unos pasos, y esperó, a lo mejor salía enseguida. No salió. ¿Qué hacía su madre? ¿Qué estaba pasando ahí dentro?

Esa noche Manuel esperó que ella sacara el tema durante la cena, porque si algo le gustaba era contar con lujo de detalles lo que había hecho durante el día. No sacó el tema.

A partir de entonces, Manuel Reyes se puso en estado de alerta.

Aquellas visitas volvieron a repetirse, siempre a la siesta, mientras su viejo estaba de viaje. Una vez, ella se llevó la mitad de una pastafrola que había hecho.

Detrás de una puerta misteriosa, en las extremas horas de la siesta...

«Paloma, Paloma, el que no se esconde se embroma».

La misma mañana del mismo lunes.

Paloma estaba rígida en el borde de un sillón, con los ojos en la puerta de calle y los oídos atentos a los pasos que se acercaban.

Esperaba hasta las siete y cuarto y se iba al colegio. Pero antes giró la llave en la cerradura.

Manuel se detuvo un instante. La expresión trágica de su madre, lejos de conmovirlo, lo fastidió.

Mejor seguía directo hasta el dormitorio, buscaba la carpeta y se iba.

—¿Adónde estuviste? ¿Qué te pasó? ¿Por qué no me llamaste?

Manuel no contesta.

Paloma había acumulado minuto tras minuto.

Ahora, el silencio altanero de su hijo.

Paloma se había desvelado mirando el celular.

Ahora, el egoísta, desconsiderado, mocososo de mierda, ni siquiera daba explicaciones.

—¡Te aprovechás porque tu padre está de viaje!

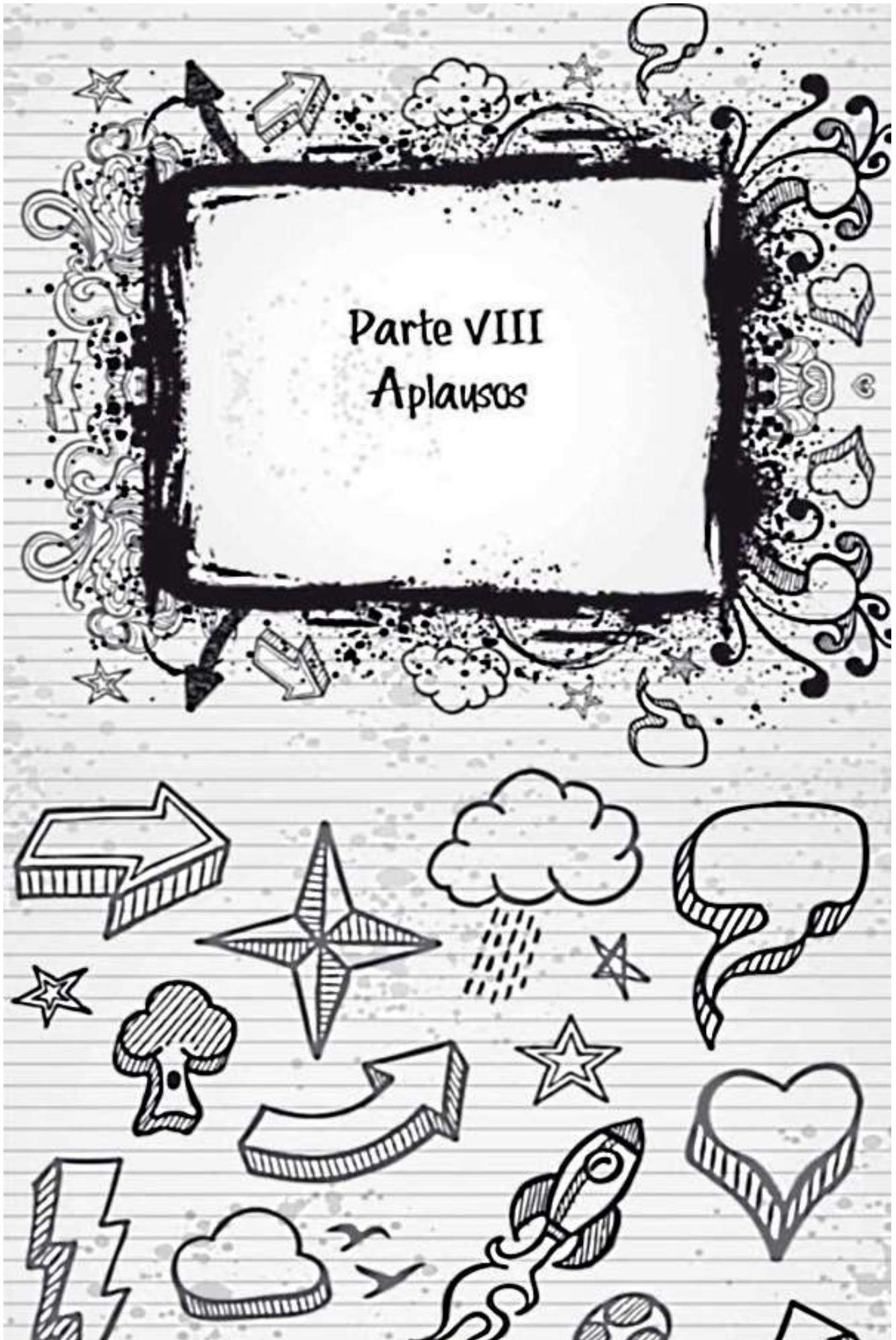
Manuel Reyes desafió a su madre con una sonrisa de mentón arriba.

—¿Y vos no?

¿Te pensás que no lo sé? Todo el barrio lo sabe, del pañuelo azul estoy hablando, de las siestas cuando te vas, porque yo lo vi o te pensás que soy tarado, que mi viejo es tarado, si todo el barrio lo sabe, que vas a la casa de ese loco, un día le van a escribir cornudo en el camión.

PLAF de tremenda bofetada.

¡Ingenuo Otelo, que lo perdió todo a causa de las apariencias!



Risa colectiva despreocupada de fin de clases. Risa porque sí. Las primeras dentelladas del verano.

Inés Mavers pulseó consigo misma entre lo debido y lo deseado.

Bauco, Estevanez, Grimalt y Reyes, el peor elenco, habían hecho entrega de la entrevista mal y tarde. Una desgrabación que parecía fruto del desvarío de la juventud. O bien, parte de una obra teatral bajada de internet. Tanto que fue indispensable cotejar con la grabación; trabajo que realizaba exhaustivamente solo en casos dudosos.

Fue entonces que la voz profunda de Pedro Montiel recorrió los caminos sensibles de la profesora.

Inés Mavers escuchó una y otra vez aquel soliloquio, y especialmente la gentil advertencia que el actor le había dedicado.

Era tarde cuando se fue a dormir. Soñó, como nunca antes, con volumen, aromas, espacios llenos de seres fortuitos. Sus cuatro alumnos caminado delante de ella y, sin embargo, esperándola.

El despertar la puso en una académica encrucijada:

- A. El deber entendido como apego estricto a las normas.
- B. El deseo entendido como una emoción que nos impulsa a desobedecer.

Pero la profesora Inés Mavers no había leído en vano tanta poesía... Una célebre estrofa llegó desde Isla Negra para responderle.

El colegio era un fantasma pétreo
que me mataba de álgebra.
Yo solía mirar por la ventana
las nubes vagabundas,
las azoteas sórdidas...
Algún gris profesor,
sin pasado y sin ángel
me llamó distraído.
Yo miraba la vida.

Absorta también, mirando el cielo a través del vidrio, Inés Mavers eligió bien.

Guadalupe Bauco fue la primera en dejar de asistir, porque no tenía nada que recuperar. Ella y su madre se iban a unas largas vacaciones al otro lado del mar.

De manera inexplicable, Gregorio Estevanez logró llegar casi ileso. Con excepción de Física.

Justina Grimalt arañó tres recuperatorios; de todos modos iba a ayudar a Manuel,

condenado a marzo perpetuo.

Ellos dos habían encontrado un rincón donde besarse y reírse. A veces, hacían las dos cosas al mismo tiempo.

—Dale, vamos a esperar a tu mamá a la salida —insistió la chica de trenza.

Había visto a Paloma solo dos veces. Suficiente para que aquella mujer de costumbres normales, que freía milanesas de verdad y echaba desodorante sin piedad por la capa de ozono, le cayera bien.

Escuela Superior de Teatro.

Ingreso 2012.

Última instancia de examen: escena a elección preparada por el aspirante.

Paloma Cardec de Reyes.

Para bajarle el nivel de ansiedad, los tres profesores de la mesa realizaban preguntas de rutina.

—¿Tenés experiencia en actuación?

—Sí, bastante.

—¿Dónde trabajaste?

—Bueno —dijo sin temblores en la voz—, me elegían como principal en todos los actos de la escuela, primaria y secundaria. Hice tres veces de María en el pesebre de mi pueblo. Pero, sobre todo, hice mucho radioteatro. Hasta que me casé.

La mesa examinadora estaba sorprendida por el perfil poco habitual de aquella posible alumna que, era necesario admitir, tenía encanto y soltura.

—¿Qué autor preparaste?

—Ibsen. —Y como preparándose, se puso al cuello un pañuelo azul con flores blancas con el que compondría su personaje.

La elección de tan grande y complejo dramaturgo obligó a la mesa a profundizar.

—¿Y quién te lo recomendó?

—Un vecino. El mismo que me ayudó a prepararme para el ingreso. Seguro que lo conocen... Se llama Pedro Montiel.

Afuera, Manuel y Justina la esperaban.

*Soy de acá, soy Manuel
por mis venas corre hiel
y miel.*

*Y aunque a veces juego cruel
no confundo la ropa con la piel.*

*¡Ey, man!, no soy mi documento ni mis zapatillas,
y no me cabe ponerme de rodillas.*

¿Qué va?

¿Y tú quién eres?

¿El de la realidad o el de la tele?

*Venimos a esta cancha
pero no a tomar revancha.
Para entender lo que tú eres
tendrás que transpirar
patear
errar
que no es lo mismo que ganar.*

*Soy de acá, de este suelo
y fui roña como Otelo,
su celo.
Yo pensaba que era así, de mí, pa' mí
dale nena, sigue aquí.
Y la cuadra que era mía, decía, pensaba,
es de todos, camarada.
¡Ey, chico!, ¡aguante! La libertad es un gigante,
para mi abuela
pa' quien se atreva
pa' la vecina que perrea.
¿Qué va?
¿Y tú quién eres?
¿El de la realidad o el de la tele?*

*Venimos a esta cancha
pero no a tomar revancha.
Para entender lo que tú eres
tendrás que transpirar
patear
errar
que no es lo mismo que ganar.*

*Fuimos el peor equipo, chico.
Y la hinchada nos silbaba
nos humillaba.
En el barro amanecía, entristecía.
Y día a día transpiramos
pateamos
erramos.*

*Y tú piensa lo que quieras, hermano,
pero yo creo que ganamos.
Esto fue más que una entrevista
¡hasta la vista!*

Dedico esta novela a Inés Mavers, porque años después entendí el plural.

GREGORIO ESTEVANEZ



LILIANA BODOC. Nació en la provincia de Santa Fe, en 1958. Residió desde muy pequeña en la provincia de Mendoza, y luego de algunos años en la Ciudad de Buenos Aires, se instaló en un pueblo en la provincia de San Luis. Cursó la Licenciatura en Lenguas Modernas en la Universidad Nacional de Cuyo y ejerció la docencia algunos años. Gracias a su novela *Los días del Venado* (primera parte de la *Saga de los Confines*, una trilogía épica), editada en el año 2000 y merecedora de varios premios, su carrera como escritora cobró notoriedad. Su obra ha sido traducida a varios idiomas; es reconocida en Europa, Estados Unidos y América Latina por su poética destreza narrativa y el alcance de su universo fantástico. Se la considera una de las mejores escritoras fantásticas de las últimas décadas. Recibió distinciones por parte de IBBY, Fundalectura y ALIJA, entre otras. Un referente de la épica fantástica argentina.